

la blancura de los dientes, sino con el desarrollo CEREBRAL, que no cesa con los años, puesto que está en razón directa de la edad.

*
* *

¿Puede esto demostrarse?

Si.

Las obras de los sabios lo testifican, y á presentar la evidencia de tan interesante aseveración dedicaremos el capítulo inmediato.

II.

Verdaderamente que, á no estar nosotros muy acostumbrados á formar en las minorías, sentiríamos ahora arrepentimiento profundo de haber empezado á escribir en alabanza de los viejos.

Durante ausencia brevísima, una turba revoltosa de hechiceras, nada brujas, antes bien, todas trasuntos de Venus, y de doscientos meses cada una cuando más, penetró sigilosamente en nuestro estudio á curiosear y revolver papeles; y, violando escandalosamente el secreto de nuestros manuscritos, leyó algo del capítulo anterior, y nos recibió, á nuestra vuelta, atolondrándonos en coro con el cantar andaluz:

Un viejo vale un doblón,
Un moso vale un réa,
Y la mujer de rasón
A lo barato se va.

Después, aquel enjambre encantador desapareció tirando libros, cuadernos y papeles, y jurando no volver más á mirarnos á la cara.

*
* *

¡Qué favor y qué disfavor en solos cuatro versos!
¡Respetables son los viejos; eso sí! pero..... á la mujer se le van los ojos tras la lozanía de la juventud.
El pollo es su favorito manjar.

¡Malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños!

Ya la primera cana hace receloso al amor. Esas calvas lustrosas de treinta y cinco estíos, el oro en los dientes, el corvo abdomen enemigo de la flexibilidad, las patas de gallo en los antes tersos pómulos... necesitan ya que el limpio retintín de las pesetas resuene en los oídos femeniles, para distraer á los ojos y que no se fijen en los estragos del tiempo. Y, si esto pasa en el verano de la vida, ¿qué encanto encontrar en pies arrastrando, espaldas en bóveda, ojos mustios, reuma, asma y lentitud?

Decididamente, Venus huye asustada de la vejez.

Y, sin embargo,—¡oh hechiceras de doscientos meses!—el mundo es de los viejos.

Y si nó, veamos quién suele tener en sus manos la política.

*
* *

El Emperador de Alemania, Guillermo, murió á los noventa y un años; Moltke, el vengador de Jena, va con el siglo, y Bismarck es ya un deplorable setentón.—Viejos han muerto casi todos los Pontífices romanos; y el último, Pío IX, en cuyas manos se perdió el poder temporal, tras la promulgación del Syllabus y la declaración del dogma de la Infalibilidad, falleció casi nonagenario, desmintiendo el famoso *non videbis annos Petri* (no verás los años de Pedro), dicho á los Pontífices en el acto de la consagración.—Después de los sesenta años se distinguió, por sus severas medidas de represión y por su infatigable habilidad diplomática, el Ministro de Pío IX, Cardenal Antonelli, á quien tanto ha debido la política de resistencia del ultramontanismo.—El Papa actual, León XIII, cuenta ya setenta y nueve años.—Alejandro, Emperador de Rusia, libertador de los siervos, causa de la última guerra de Oriente, murió hace poco de resultas de la explosión de una máquina infernal del nihilismo, siendo ya un sesentón.—Su canciller, el Príncipe Gortschakoff, que tanto ha influido en la diplomacia europea, falleció no ha mucho, á los ochenta y cinco años, en casa de una joven hermosísima, la célebre Braun, con quien pensaba casarse.—Inglaterra sólo se fía de los viejos; y basta, para prueba, citar los honorables nombres de Beaconsfield, Bright, Gladstone, Palmerston y Sir Robert Peel. Lord Palmerston, aunque notable desde su entrada en el Parlamento, sólo logró desde España á Turquía su fama de Ministro *omnisciente* en la época del 35 al 41, y aun mucho después; es decir, cuando era ya más que quincuagenario.—El cojo Talleyrand, que murió de ochenta y cuatro, y Metternich, de ochenta y cinco, fueron los diplomatas más

importantes de su tiempo.—Thiers contaba setenta y seis años cuando desplegó respecto de las desdichas de la guerra franco-prusiana y de la rebelión de la Commune una energía que ningún político de Francia suponía en él.—En España brillaban bajo el pabellón de los viejos, políticos de gran resonancia..... Argüelles murió casi de noventa años: Istúriz contaba próximamente los sesenta cuando decidió los matrimonios regios: Galiano ya septuagenario, era el alma del Ateneo.—Ya habían cumplido los sesenta Espartero, Narváez, Orense, cuando más influjo ejercieron en el país, con sus dogmas de la Soberanía Nacional, la conservación moderada y la República Federal.....

*
* *

Y hoy como ayer.

Moisés murió de ciento veinte años, y tenía ochenta cuando libró á los judíos. San Juan era más que octogenario cuando escribió el Evangelio. Kong-Fu-Tseu (Confucio), el célebre legislador chino, murió de más de setenta. Mahoma era de cincuenta y dos cuando su hégira á la Meca, y contaba sesenta cuando, ya sometidas las tribus hostiles de la Arabia, entró en la misma Meca á derribar los ídolos. Agesilao, de ochenta años cumplidos, fué á Egipto á sostener la insurrección contra el segundo Artajerjes. Pasma el pensar lo que hizo en cinco años Julio César, después de cumplir los cincuenta y uno, gastado en su persona, calvo, y sordo según algunos. Derrotó á Pompeyo en España é Italia, y luego, decisivamente en Tesalia. Destronó en Egipto á Tolo-

meo y dió la corona á Cleopatra. Deshizo en tres días las fuerzas sublevadas de Farnaces, rey del Ponto, victoria que comunicó al Senado con el famoso *veni, vidi, vici*. Destruyó en Africa á Metelo y á Catón, y en Munda á Pompeyo el joven; hizo un puerto en el Tíber; reformó las leyes, arregló el calendario, y, por entonces también, debió escribir el clásico libro *De Bello Gallico*. Los estrategas todos, unánimemente, colocan á Julio César por encima de Alejandro Magno y de Napoleón, porque éstos alcanzaron de jóvenes sus triunfos, y aquél siendo ya viejo.

¿Dónde, pues, está el paralelismo entre la decadencia física y la intelectual?

*
* *

Pero de la política pasemos al campo de las ciencias.

Aquí también—¡oh hechiceras de doscientos meses!—el cetro es de los viejos.

Siempre las artes han representado á los sabios con calva reluciente y luengas y reverendas barbas blancas.

Así á los profetas de Israel. Así también á los siete Sabios de la Grecia. Tháles, el que primero predijo un eclipse lunar, murió de noventa años, según unos, y de ciento, según otros; de ochenta y uno Solón, el legislador de Atenas; de edad muy avanzada Chilon, el más probable autor del *Conócete á ti mismo* y de *El oro es la piedra de toque de todos los hombres*; de más de setenta años, Pitaco, el enemigo de la em-

briaguez; de edad avanzadísima Bias, el más sabio de los siete sabios, que daba á sus amigos cuanto tenía, y autor del *Todo lo llevo conmigo*; de setenta Cleóbulo, cuya máxima *Mientras más palabras más ignorancia* parece siempre de actualidad; y muy viejo Periandro, á quien su sabiduría no le impidió ni el hacerse tirano de Corinto, ni el matar á su mujer en un raptó de enojo.

Pues si de los siete Sabios pasamos á los demás filósofos—¡que sabían más que ellos!—nos encontramos con que los nombres más venerandos pertenecen á los viejos.

Pitágoras ochenta; ochenta su discípulo Filolao; ochenta y dos Platón; noventa Diógenes el cínico; ciento cuatro Demócrito. Aristóteles, cuyo influjo en la Edad Media ha sido incomparable—á pesar de haber sido quemadas en Paris en 1209 las traducciones árabes de sus obras—no vivió tanto como los otros filósofos citados; pero sus principales obras fueron escritas cuando ya pasaba de los cincuenta y tres años; esto es, después de haber acompañado á Alejandro Magno en sus primeras empresas por el Asia, que fué cuando, á su regreso, fundó en Atenas la escuela peripatética.

¿Pues qué decir de Aristarco, astrónomo de Samos, que ya profesaba la doctrina actual de los movimientos de rotación y translación de la tierra (por lo cual fué acusado de perturbador de la quietud de los dioses); del otro Aristarco, crítico de la Iliada; de Eratóstenes, el que primero encontró el modo de medir un grado de meridiano y determinar la oblicuidad de la eclíptica; de Isócrates, el maestro de elocuencia; de Hipócrates, el genio de la medicina?... Eratóstenes, habiendo perdido la vista, se dejó mo-

rir de hambre á los ochenta ú ochenta y dos años, por serle ya imposible trabajar; Isócrates también se dejó morir de hambre, cuando, según algunos, tenía cerca de cien años, al saber la pérdida de la batalla de Queronea; Hipócrates, «el viejo divino», falleció de ochenta, según unos, de ciento, según otros.

*
* *

Pero apresurémonos. Si fuéramos á escribir de todos los ilustres filósofos viejos de la antigüedad, sería preciso hacer un Diccionario.

Vengamos á la época moderna, citando sólo de paso los que buenamente acudan á la memoria: San Agustín, que murió de setenta y seis; Alberto Magno, maestro de Santo Tomás de Aquino, que falleció quizá nonagenario; Rogerio Bacon, el doctor admirable, franciscano, á quien se han atribuído grandes invenciones,—la de la pólvora, la de los vidrios de aumento, la de la bomba de aire, la del fósforo ó algo análogo..... (por todo lo cual pasó en los calabozos la mayor parte de su dilatada vida de ochenta años); —el otro Bacon, canciller de Inglaterra, autor del *Novum Organon*, escrito á los cincuenta y nueve años, promulgador del método experimental, muerto á los sesenta y cinco años de resultas de la explosión de una retorta...

Si; apresurémonos, y vengamos á esta edad moderna, más que ninguna otra fecunda en viejos de fuerza intelectual como jamás había visto el mundo; sexagenarios como Leonardo da Vinci, Huyghens, Keplero, Arago, Leverrier, Ampère, Stephenson; septuagenarios como Copérnico, Galileo, Bradley, Leib-

nitz, Haller, Boscovich, Laplace, Berthollet, Oersted, Fáraday, Darwin; octogenarios como Newton, Cassini, Kant, Franklin, Herschell, Volta, Boussingault, Ericson, cuyo 85 aniversario se celebró en Nueva-York el último de Julio de 1888; nonagenarios como Humboldt; centenarios como Chevreuil (1), y otros muchos, muchísimos más, cuyos nombres no acuden en este instante á la memoria, desobedeciendo á las evocaciones de la más buena voluntad. ¡Oh! ¡Gloria á cuantos Soles no aparecen en este momento ante la pluma!

¡Falta de vista, nó ultraje, es no reverenciarlos ahora en el recuerdo!

*
* *

Pues las obras inmortales
de los muertos que no mueren

no fueron frutos de la juventud, por más que esa juventud brillase en muchos casos por su sorprendente precocidad.

Leonardo da Vinci, ya citado, hijo ilustre de una edad ilustre, precoz en aritmética, música y dibujo; luego admirable escultor y profundo arquitecto, poeta, botánico, astrónomo, mecánico y el mejor ingeniero de su siglo, gran profesor en el laúd, vigorosísimo jinete, hermoso, galante, amigo del lujo..... empezó, cumplidos ya los cuarenta y cinco años, la famosísima cena del refectorio de los dominicos en Milán, hoy ya muy deteriorada; y después de los cua-

(1) Chevreuil ha muerto de 103 años. En Octubre de 1888 estuvo paseando por el Palacio de la Industria en París.

renta y ocho, la gran estatua de Francesco Sforza. Y son producto de su edad madura sus célebres tratados, en donde, como preternatural conocimiento, están anticipados, en pocas páginas siempre, los descubrimientos de Galileo, Keplero, el sistema de Copérnico, las teorías recientes de ilustres geólogos, las leyes de la hidráulica..... Huyghens, también precoz, y tanto, que á los veintidós años era ya conocido por sus obras de geometría, y á los treinta y seis por el descubrimiento de uno de los satélites de Saturno, escribió lo mejor de sus obras imperecederas y verificó sus más grandiosos descubrimientos en edad ya avanzada, cuya fuerza intelectual era tan ambiciosa, que á los sesenta años empezó á estudiar los *Principia* de Newton, y después el cálculo de Leibnitz. Keplero, precoz igualmente, tenía cuarenta y siete años cuando descubrió las leyes inmortales sobre que descansa la astronomía moderna. Ampère publicó de cincuenta y un años la teoría de los fenómenos electro-dinámicos, de cincuenta y tres la determinación de la superficie curva de las ondas luminosas, y de cincuenta y nueve el ensayo sobre la filosofía de las ciencias. Stephenson tenía cuarenta y nueve años cuando logró al fin ver abierto el camino de hierro entre Manchester y Liverpool, donde su inmortal locomotora sirvió por primera vez de agente de tracción, después de triunfar, á la segunda vez, de la oposición que en el Parlamento suscitó la idea de una rápida locomoción, estimada entonces como muy inconveniente (!); después de acallar las invectivas del ridículo; después de vencer la resistencia y oposición de eminentes ingenieros, y después, por último, de dominar el continuo motín de los propietarios de las tierras cruzadas por la vía, los cuales, brutal-

mente, arrojaban de ellas á los ingenieros y operarios. ¡Acogida admirable de tan portentoso invento!

Copérnico no concluyó su obra *De Revolutionibus orbium coelestium* hasta tener cincuenta y siete años, y no cesó de corregirla y enmendarla hasta que la dió á la imprenta teniendo ya sesenta y ocho: y ¿sabéis qué hizo el mismo día en que recibió impreso el primer ejemplar? Pues lo tocó y se murió.

Galileo no publicó su *Siderium Nuntius* hasta los cuarenta y seis años: su actividad fué incansable hasta los sesenta, cuando la Inquisición le obligó á abjurar sus herejías (!) y pronunció el famoso *e pur si muove*, tan comentado y contradicho; y á los setenta y cuatro años perdió la vista, á consecuencia de sus incesantes observaciones astronómicas. A esa edad publicó el *Diálogo sobre el movimiento local*, y descubrió la libración de la luna.

Bradley, el primero de todos los astrónomos por el asombroso consorcio que en él se verificó de la ciencia con la práctica, ya ilustre por el descubrimiento de la aberración de la luz, no encontró la nutación del eje de la tierra hasta cumplidos los cincuenta y cinco años.

Leibnitz, historiador, teólogo, físico y matemático, fué siempre portentoso hasta los últimos años de su vida; si bien realizó de los treinta á los treinta y siete el más importante de sus descubrimientos, el cálculo diferencial.

Laplace, después de los setenta años ejecutó todavía una inmensa tarea matemática. De los cuarenta á los sesenta y ocho años hizo Fáraday sus grandes trabajos sobre el electro-magnetismo. Darwin era ya quincuagenario cuando publicó el *Origen de las especies*, y sexagenario cuando imprimió el *Descent of*

man. Kant no apareció como inteligencia de primer orden hasta después de los cincuenta y siete años, cuando publicó la *Crítica de la razón pura*; á los sesenta y cuatro dió á luz la *Crítica de la razón práctica*; á los sesenta y seis la *Crítica del juicio*. De setenta años, Franklin, que

Eripuit celo fulmen sceptrumque tyrannis,

fué á Francia en demanda de auxilios para asegurar la independencia de su patria. Herschell, organista, mecánico, matemático y astrónomo, hizo sus primeros descubrimientos de Urano y sus satélites, y de dos de los de Saturno, desde los cuarenta y tres á los cincuenta y un años; y la inmensidad de sus trabajos sobre el sistema solar, la revolución de las estrellas unas alrededor de otras y sobre las nebulosas, es muy posterior. Volta descubrió la maravillosa pila de su nombre de los cincuenta á los cincuenta y seis años de edad. Y ¿qué decir de Humboldt, comparable sólo con Haller en la universalidad de conocimientos, é incansable en la importancia de sus trabajos hasta los noventa años de su edad? Iba á cumplir los sesenta cuando emprendió con Ehrenberg y Rosa su gran viaje de 4 500 leguas; que tanto sirvió para rectificar la geografía de Asia.

¿Dónde encontrar, pues, el paralelismo entre la decadencia física y la intelectual?

*
**

Pero, al llegar aquí, oigo al enjambre amotinado de las viejas de doscientos meses:

“¡Bien! Para algo ha de servir la edad senil: has-

ta los colmillos del lobo tienen contra el mal de ojo gran virtud.....; pero guárdense los sabios esos libros que nadie entiende; que lo que nosotras queremos es lo agradable, lo artístico, lo que haga palpar el corazón con lo bello; lo que posea el secreto de la risa.”

¿Sí? Pues nadie como los viejos posee ese talismán; nadie como ellos sabe hacer reír; nadie como ellos sabe hacer asomarse á los párpados las dulcísimas lágrimas con que el arte conmueve el corazón.

¡Ea! Emplazadas quedáis para el capítulo siguiente.

III.

Al concluir el capítulo anterior emplazábamos para éste á las *amotinadas viejas* de doscientos meses, con el fin de demostrarles que los viejos han manejado gloriosísimamente el talismán maravilloso poseedor del secreto de conmover el corazón, haciendo temblar la boca con las convulsiones de la risa, ó acudir á los ojos las lágrimas de los más puros sentimientos.

*
**

¿Quién como Cervantes? Pues el Manco inmortal había ya cumplido cincuenta y ocho años cuando publicó la primera parte de *El Quijote*, y sesenta y ocho cuando la segunda. Y ¿ha habido autor alguno que sepa hacer reír como aquel viejo inmortal?

*
**

A escape hemos de citar sólo algunos nombres para probar que la IMAGINACIÓN, creadora de la novela, se alza más y más alta todavía mientras más años cuenta; como si las fuerzas de la inventiva fuesen proporcionales á la edad. Lo mejor de Dumas y de Balzac no es lo primero que salió de sus plumas. Victor Hugo escribió á los cincuenta y siete años *Los Miserables*, y á los setenta *Los anales de un año terrible*; casi octogenario ya, ha publicado el *Torquemada*, y trescientos cuentos (1). De cincuenta y siete dió al público Swift los *Viajes de Gulliver*. De cincuenta y ocho Defoe el *Robinsón*. De cuarenta y ocho Dickens *El cuento de las dos Ciudades*, y de cincuenta y dos *Nuestro mutuo amigo*. De cincuenta y seis Longfellow los *Cuentos de una posada*.

Ya muy en el otoño de la vida (y no puntualizaremos los años por tratarse de damas) publicaron George Elliot (Mariana Evans), Fernán Caballero (Cecilia Böhl) y Ossiana (Catalina Macpherson) las mejores de sus preciosas novelas; y, aunque de otro género, no se olviden las obras de Santa Teresa, correspondientes á los últimos años de su vida.

*
* *

Es tal la abundancia de citas que en materia de letras y de artes acude al recuerdo, que la dificultad del elegir es lo que entorpece el volar de la pluma, para probar que las más admirables creaciones del genio han venido al mundo después de haber cumplido sus autores la edad de cuarenta y cinco años, límite infundado de la potencia imaginativa.

(1) Sabido es que también ha muerto Victor Hugo: de ochenta años.

Lope de Vega murió de sesenta y tres; después de producir, según dicen, mil ochocientas comedias y cuatrocientos autos sacramentales. Créese que pasaba de los cincuenta y cinco Tirso de Molina cuando escribió *Desde Madrid á Toledo*, una de las mejores de sus trescientas comedias. Calderón compuso la mayor parte de sus quinientas obras dramáticas desde los cincuenta y uno á los ochenta años.

Y ya en la época moderna, ¿cabe no citar á Bretón y al Duque de Rivas en el número de los viejos fecundísimos?

Lo mejor de Shakespeare, siendo todo portentoso, son sus últimas creaciones, posteriores á los cuarenta y cinco años. Lo mismo hay que decir de Molière. Ambos murieron quincuagenarios; y sus fuerzas inventoras eran aún inmensas, cuando cedía en ellos la vital. De cincuenta años produjo Racine su *Ester*, y de cincuenta y dos su *Atalia*.

No es posible que las cincuenta y cuatro comedias de Aristófanes fueran, todas, obras de su juventud, puesto que consta haber estado treinta y nueve años ocupado en ellas.

Sófocles, acusado por sus hijos de demente, recitó ante el tribunal, para probar lo contrario, el *Edipo en Colona* que acababa de componer: además consta que escribió de edad avanzada la mejor parte de sus tragedias, y vivió cerca de noventa años.

A Homero (sea de este personaje lo que la crítica quiera) nos lo representa la tradición viejo y ciego, mendigando su pan de puerta en puerta.

Dante debió escribir mucho de su *Divina Comedia* allá por los cincuenta años. Milton, sin duda, tenía más de cincuenta y cuatro cuando empezó el *Paraíso perdido*. Goethe casi nada notable hizo hasta después

de los cuarenta y cinco: á los cuarenta y ocho, *Her-
man y Dorotea*; á los cincuenta y seis, *Fausto*; á los
cincuenta y nueve, *Afinidades*; á los ochenta y dos,
Helena (segunda parte del *Fausto*). La Fontaine dió
á luz de setenta y tres años los tres últimos libros de
sus fábulas; y de cincuenta y cuatro á setenta y uno
Beranger sus canciones y su autobiografía.

*
* *

Pues si de los poetas pasamos á los oradores, á los
historiógrafos, á los críticos, á los jurisconsultos.....,
acuden á la memoria los nombres de Cicerón, gran
parte de cuyos tratados son de los cincuenta y ocho
á los sesenta y dos años de su edad; Hallam, cuyo
Examen de la literatura europea es de los cincuenta y
dos á los sesenta y uno; Lista, que septuagenario es-
cribió sus críticas; Littré, que empezó quincuagena-
rio ya su *Diccionario* inmenso; el P. Mariana, que mu-
rió casi nonagenario; Chateaubriand, que á los sesen-
ta y tres publicó sus *Études*; Lamartine, que á los cin-
cuenta y siete dió á luz *Los Girondinos*; Luis Blanc,
que á la misma edad mandó á la prensa la *Historia
de la Revolución del 48*; Grote, que entre los cincuenta
y dos y los sesenta y dos escribió su *Historia de Gre-
cia*; Carlyle, que á los cincuenta y nueve publicó los
dos últimos tomos de *Frederik the Great*; Prescott, que
á los cincuenta y uno imprimió la *Historia del Perú*,
y tantos, tantos otros como merecen siquiera men-
ción: Macaulay, Gibbon, Michelet; el P. Isla, Meson-
ero Romanos, Fermín Caballero, Patricio Escosura,
Durán, Camús..... y mil nombres más y más, ¡todos
ilustres!

*
* *

¿Y puede no acudir á la memoria el nombre de
Voltaire, el escritor universal del siglo pasado?

«Il fit Irène à quatre-vingt trois ans, à dix-sept ans il fit Edipe!»

En el pedestal de su estatua, erigida ante el
Théâtre-Français, se leía esta inscripción el glorioso
día de la traslación de sus restos al Panteón Nacio-
nal; el 12 de Julio de 1791. Y ¿habrá alguien capaz
de enumerar las estatuas levantadas á este viejo ex-
traordinario desde entonces hasta la última, erigida
en Saint-Claude (Jura) el 4 Septiembre de 1887?
Siervos eran todavía en el siglo XVIII los residen-
tes en el término de la Abadía de esta localidad, ¡in-
clusos los forasteros que en ella permanecían un año!
Gracias á Voltaire cesó su servidumbre por decre-
tos de Luis XIV; y, como recuerdo de gratitud, las
municipalidades del Jura erigieron este último mo-
numento que ¡á las pocas noches, trataron de echar
abajo muchos fanáticos, hoy libres, descendientes de
los siervos!!

¿Y pintores? Tiziano, el artista siempre joven
aunque murió centenario; Lucas Jordán, septuage-
nario; Murillo, que pintó el San Antonio de la cate-
dral de Sevilla en los últimos años de su vida.....
Riard, decano de los pintores franceses, que acaba de
morir octogenario; septuagenario Simonis, el famoso
escultor; Auber, el músico, de ochenta; Suppé.....

*
* *

Ibamos aún á citar los *Idilios* de Tennyson; los
Cantos en muchas claves de Holmes; los *Poemas* de don
José Joaquín de Mora, el enemigo de los asonantes;